

En este momento aparecen pues en la arena literaria Juan Boscan de Almogaver y Garcilaso de la Vega. Mas sin el segundo, hubieran tal vez fracasado los intentos del primero, que ni poseia el ingenio ni la autoridad del marqués de Santillana, cuyos esfuerzos habian sido de poco efecto en este empeño. El superior talento de Garcilaso, auxiliado de Mendoza, Centina, y otros no menos celebrados poetas, triunfó al cabo de la resistencia de Cristóbal de Castillejo y de sus numerosos partidarios, admitiendo la poesía española los *metros* de la toscana. Desde esta época se inauguraba en el suelo de Castilla un nuevo sistema de metrificación, sin que se olvidaran tampoco las bellísimas combinaciones de la *maestria real*, bajo cuya bandera se habian filiado desde los tiempos de don Juan, hijo del Infante don Manuel, las quintillas, las redondillas, décimas ¹ y letrillas, que pasan despues con el *romance* á constituir la mayor riqueza métrica del teatro español. La decadencia en que se precipitan las letras á mediados y fines del siglo XVII, produce por último aquel revuelto caos de versos felicianos, encadenados, retrógrados, políglotos, forzados, laberintos, écos, centones, ovillejos y otros mil juegos de mal gusto, consignados por Caramuel en su *Rithmica* y propios sólo para patentizar la corrupcion y ruina del arte.

V.

Cuanto llevamos expuesto basta, en nuestro juicio, para dar á conocer, así las formas de que se reviste la poesía española, teniendo por base principal y medio comun de expresion la lengua que lleva por excelencia título de castellana, como los elementos artísticos que sucesivamente la van acaudalando. Detenemos á señalar menudamente las causas de estas diversas transformaciones, indicando al par los caracteres especiales de cada uno de los metros adoptados por nuestra literatura en sus respec-

¹ Aunque la *décima*, tal como hoy se escribe, no se perfeccionó hasta la época de Vicente de Espinel (mediado ya el siglo XVI), debemos advertir aquí que existe desde el siglo XIV, segun en su dia notaremos. Era el agrupamiento de dos *quintillas*, unidas con cierto artificio.

tivas edades, sobre ser ya asunto propio de la historia, tal como la comprendemos, sólo contribuiria á dar excesivo bulto á estas *Ilustraciones*, perjudicando al orden y claridad de los estudios. Nosotros, si bien damos cierta preferencia á la idea y al sentimiento sobre las formas exteriores, no podemos en modo alguno olvidar el estrecho consorcio que existe entre uno y otro elemento del arte, plenamente convencidos de que la aparicion de una nueva forma es síntoma inequívoco de alguna modificacion más ó menos fundamental y profunda en su historia. Así que, reconocidos los orígenes y bosquejado ya el desarrollo artístico de la poesía vulgar desde el instante en que se escribe hasta la época de su decadencia, consumada en el siglo XVII, conveniente juzgamos dejar aquí la pluma, no sin que en vista de la enseñanza que debemos á estas investigaciones, volvamos á lamentar la desdeñosa indiferencia de los que pagados sólo de las bellezas clásicas, condenaron á olvido y menosprecio las formas de la literatura patria, perdiendo así el camino en la investigacion de sus orígenes.

Indignados acaso contra los extravios y licencia del mal gusto, intentaron los eruditos del pasado siglo proscribir la *rima* para salvar el *metro*; pero no advirtieron que era imposible alcanzar con las prosódias modernas aquella musical y armoniosa cadencia de los versos griegos y latinos que se proponian por modelos. Los que en España acogieron esta idea, perdian al propio tiempo de vista que, sobre carecer de la cantidad silábica, poseyendo sólo el acento, contaba únicamente la lengua castellana para compensar aquella falta, las terminaciones uniformes, cuya prodigiosa abundancia la hacen aparecer sin embargo como una de las más ricas y propias para la poesía, de cuantas debieron su nacimiento á la latina. Lo infecundo de los ensayos hechos por los Montianos, Sedanos y Gravinás, prueba más que todo cuanto pudiera añadirse, que no era aquella la senda por donde podia el *metro* reconquistar sus bellezas. La *rima* que, segun dejamos manifestado, es su inseparable compañera desde los primeros albores de la poesía, y que reaparece en la literatura latino-eclesiástica como una de las condiciones á que esta se somete en su decadencia, continúa siendo, del mismo modo que en la edad media, una de

las más vistosas galas de las poesías vulgares. Á pesar de cuanto se ha dudado sobre su procedencia, y de la aversion con que la vieron los criticos arriba mencionados, podemos decir de ella, como el tierno y melancólico Tibulo decia de su amada:

Perfida, sed quamvis perfida, cara tamen ¹.

¹ No ignoramos ni debemos pasar en silencio que algunos eruditos coetáneos señalan como una de las fuentes de las rimas modernas los antiguos cantos de los celtas, cuyos *bardos*, segun la docta opinion de O-Flaherty, Wisser, Keating, Linch y otros, escribieron en versos rimados las genealogias, hazañas y guerras de sus príncipes y caudillos. Sabemos tambien que entre los fragmentos citados por estos escritores, pone O-Flaherty algunos pasajes tomados de los cánticos de Amergin, bardo español, hermano de Harmon, primer rey de Irlanda [2292 de la creacion]; siendo la rima el más ostensible ornamento ó acaso el único artificio de sus breves períodos. No desconocemos, por último, que fueron estos primitivos poemas la base de las tradiciones religiosas y políticas trasmitidas por los *fileas* y *feardanas* de los seoto-milesios, tradiciones que dieron por resultado el famoso libro de Teamor, intitulado *Psaltuir Theawair*, y el no menos celebrado *Psaltuir Cashil*, en cuya formacion tuvo alguna parte San Patricio. Pero aun cuando concedamos que los antiguos gaulas, celtíberos y celti-turdetanos exornaran sus cantos de más ó menos armónicas rimas; aun cuando demos por sentado que las leyes y poemas, citados por Estrabon y mencionados ya por nosotros en lugares oportunos, ostentaran iguales atavios, siendo estos generales á todos los pueblós que moraban en nuestra patria antes de las dominaciones púnica y romana, todavia debemos reparar en que olvidadas, ya que no borradas del todo, las primitivas costumbres de los celtíberos; dominados ó descompuestos, aunque no erradicados, sus idiomas por la enérgica lengua del Lacio, que habia desechado aquel ornamento, conforme demostramos en la *Ilustracion* I.^a, y ahogado por su magnífica literatura todo gérmen de literatura nacional, llegaron á interrumpirse aquellas tradiciones que en el suelo de Irlanda y en otras comarcas pudieron resistir el choque poderoso de la civilizacion latina; no descubriéndose en esta parte punto alguno de contacto entre los primeros pobladores de Iberia y los fundadores de las monarquias cristianas. La tradicion de la rima, tal como aparece en las literaturas modernas, reconoce otro muy distinto origen: en nuestro concepto no hay explicacion más satisfactoria, histórica y filosóficamente considerada, que la adoptada y expuesta en estos estudios.

ILUSTRACION IV.

SOBRE LAS FORMAS DE LA POESÍA POPULAR.

LOS ROMANCES ¹.

I.

«Ínfimos son aquellos trovadores que sin ningunt órden, regla nin cuento façen estos romances é cantares, de que las gentes de »baja é de servil condiçion se alegran» ². De esta manera calificaba el erudito don Ínigo Lopez de Mendoza á los poetas popu-

¹ En febrero de 1840 presentamos á la Real Academia Sevillana de Buenas Letras un largo discurso sobre los *Romances castellanos*, el cual tenia por objeto investigar sus orígenes y trazar su historia hasta nuestros dias. En aquel ensayo seguíamos el mismo plan que hemos adoptado en las presentes tareas; mas como por formar escrito separado no puede adaptarse enteramente al sistema que requiere una obra como la historia de nuestra literatura, no nos es dado reproducirlo por completo. La misma diferencia de propósito, los estudios posteriormente realizados por nosotros y los trabajos sacados á luz desde aquel tiempo, especialmente por nuestros doctos amigos don Agustin Duran y don Fernando José de Wolf, nos han obligado tambien á modificar algunas doctrinas, dando más importancia á ciertos elementos que en nuestro primer ensayo se tocaban de pasada, mientras hemos abreviado y resumido ciertos puntos, allí tratados extensamente. Y como pudiera ser que la Real Academia determinase algun dia dar á luz dicho discurso, hemos creído conveniente el hacer aquí esta advertencia, á fin de que no aparezca veleidad ni contradiccion entre lo que hoy imprimimos y escribiamos en 1840.

² *Carta al Condest.*, núm. IX.